

## De las practicas cotidianas de oposición (EXTRACTO)

MICHEL DE CERTEAU

### Introducción

La investigación publicada parcialmente en estos dos volúmenes nació de un interrogante sobre las operaciones de los usuarios, supuestamente condenados a la pasividad y a la disciplina. Más que tratar de llenar un tema tan huido y fundamental, intentaremos hacerlo tratable, es decir, proporcionar, a partir de sondeos e hipótesis, algunas vías posibles para posteriores análisis. Se alcanzaría el objetivo si las prácticas o las "maneras de hacer" cotidianas dejaran de figurar como el fondo nocturno de la actividad social, y si mediante un conjunto de cuestiones teóricas, métodos, categorías y puntos de vista, que atravesaran dicho fondo, pudiéramos articular dichas prácticas.

El examen de estas prácticas no implica un retorno a los individuos. La atomización social que, durante tres siglos, ha servido como postulado histórico a un análisis de la sociedad supone una unidad elemental, el individuo, a partir de la cual se compondrían grupos y a la cual siempre resultaría posible reducirlos. Este postulado ha sido rechazado por más de un siglo de investigaciones sociológicas, económicas, antropológicas o psicoanalíticas (pero ¿acaso en historia esto constituye un argumento?), y se encuentra fuera del campo de este estudio. Por un lado, el análisis muestra más bien que la relación (siempre social) determina sus términos, y no a la inversa y que cada individualidad es el lugar donde juega una pluralidad incoherente (y a menudo contradictoria) de sus determinaciones relacionales. Por otro lado, y principalmente, nos centraremos aquí en los modos de operación o esquemas de acción, y no directamente en el sujeto que es su autor o su vehículo. Este análisis apunta a una lógica operativa cuyos modelos se remontan tal vez a los ardid milenarios de peces e insectos que se mimetizan o se transforman para sobrevivir, una lógica que, en cualquier caso, ha quedado oculta por la forma de racionalidad en lo sucesivo dominante en Occidente. Este trabajo tiene pues por objetivo explicitar las combinatorias de operaciones que componen también (de un modo no exclusivo) una "cultura" y exhumar los modelos de acción característicos de los usuarios de quienes se oculta, bajo el sustantivo púdico de consumidores, la condición de dominados (lo que no quiere decir pasivos o dóciles). Lo cotidiano se inventa con mil maneras de cazar furtivamente en los dominios de otros.

### Valerse de usos y tácticas

Pese a las medidas tomadas para reprimirla o esconderla, el escamoteo [la "perruque"] (o sus equivalentes) sigue infiltrándose y haciéndose cada vez

más común. En sí mismo, no es sino un caso particular entre todas las prácticas que introducen trucos "artísticos" y complicaciones de complicitades en un sistema que se reproduce y estructura tanto en el trabajo como en el ocio. El hurón corre y corre, cuestión de astucia y rapidez: hay incontables maneras de "valerse de".

Desde este punto de vista, la división ya no pasa entre el trabajo y las diversiones. Estas dos regiones de actividades se homogeneizan. Se repiten y se refuerzan una a la otra. En los lugares de trabajo, cunden las técnicas culturales que disfrazan la reproducción económica bajo cubiertas ficticias de sorpresa ("el acontecimiento"), de verdad ("la información") o de comunicación ("la animación"). Recíprocamente, la producción cultural ofrece un campo de expansión a las operaciones racionales que permiten administrar el trabajo al dividirlo (un análisis), al cuadrarlo (una síntesis) y al masificarlo (una generalización). Aparte de la distinción que distribuye los comportamientos según su lugar (de trabajo o de entretenimiento) y los califica por el hecho de que estén ubicados en tal o cual casilla del tablero social, en la oficina, en el taller o en el cine, se impone otra categorización más. Hay diferencias de otro tipo. Se refieren éstas a las modalidades de la acción, a las formalidades de las prácticas. Atraviesan las fronteras que las atribuyen al trabajo o al tiempo libre. Por ejemplo, el escamoteo (la perruque) se incorpora al sistema de la cadena industrial (es su contrapunto, en el mismo lugar), como una variante de la actividad que, fuera de la fábrica (en otro lugar), tiene la forma de bricolaje.

Aunque sean relativas a las posibilidades ofrecidas por las circunstancias, estas tácticas transversales no obedecen a la ley del lugar. No están definidas por el lugar. A este respecto, no son más localizables que las estrategias tecnocráticas (y escriturarias) que tienden a crear lugares conforme a modelos abstractos. Esto es lo que distingue a unas de otras: los tipos de operaciones que las estrategias son capaces de producir, cuadrar e imponer estos espacios, mientras que las tácticas pueden sólo utilizarlos, manipularlos y tergiversarlos [detourner].

Hace falta pues especificar esquemas de operaciones. Como en literatura se diferencian los "estilos" o maneras de escribir, se pueden distinguir las "maneras de hacer", de caminar, de leer, de producir, de hablar, etcétera. Estos estilos de acción intervienen en un campo que los regula en un primer nivel (por ejemplo, el sistema de la fábrica), pero introducen una forma de sacar provecho de éste que obedece a otras reglas y que constituye como un segundo nivel imbricado en el primero (como sucede con el escamoteo). Asimilables a los modos de empleo, estas "maneras de hacer" crean un espacio de juego mediante una estratificación de funcionamientos diferentes e interferentes. De esta forma, el norafricano que vive en París o en Roubaix insinúa las maneras de "habitar" (una casa o una lengua) propias de su Cabilia natal, en el sistema que le impone la residencia en una vivienda social o en el sistema de la lengua francesa. Sobrepone esas maneras y, mediante esta combinación, se crea un espacio de juego para las maneras de utilizar el orden imperante en el lugar o en la lengua. Sin salir del sitio donde le hace falta vivir y que le dicta una ley, instauro pluralidad y creatividad. Gracias a un arte del intervalo [art de l'entre-deux], obtiene efectos imprevistos.

Estas operaciones de empleo o, más bien, de reemplazo se multiplican con la extensión de los fenómenos de aculturación, es decir, con los desplazamientos que sustituyen las maneras o "métodos" de transitar por la identificación con el lugar. Eso no impide que correspondan a un arte muy antiguo de "valerse de". Les doy el nombre de usos, si bien la palabra designa con más frecuencia los procedimientos estereotipados, recibidos y reproducidos por un grupo, sus "usos y costumbres". El problema se mantiene en la ambigüedad de la palabra, pues, en estos "usos", se trata precisamente de reconocer "acciones" (en el sentido militar del término) que tienen su formalidad y su inventividad propias y que organizan subrepticamente el trabajo de hormiga del consumo.

## **El uso, o el consumo**

Después de los trabajos, muchos de ellos notables, que han analizado las "mercancías culturales", el sistema de su producción, el mapa de su distribución y la repartición de los consumidores sobre ese mapa, parece posible considerar esas mercancías no sólo como datos a partir de los cuales establecer los cuadros estadísticos de su circulación o señalar los funcionamientos económicos de su difusión, sino también como el repertorio con el cual los usuarios proceden a operaciones que les son propias. A partir de ese momento, estos hechos ya no son los datos de nuestros cálculos sino el léxico de sus prácticas. Así una vez analizadas las imágenes distribuidas por la televisión y el tiempo transcurrido en la inmovilidad frente al receptor, hay que preguntarse lo que el consumidor fabrica con estas imágenes durante estas horas. Los quinientos mil compradores de la revista *Information-santé*, los usuarios del supermercado o del espacio urbano, los consumidores de relatos y leyendas periodísticos, ¿qué fabrican con lo que "absorben", reciben y pagan? ¿Qué hacen con esto?

Enigma del consumidor-esfinge. Sus fabricaciones se diseminan en la cuadrícula de la producción televisada, urbanística y comercial. Devienen menos visibles en la medida en que las redes que las encuadran se hacen más estrechas, obedientes, totalitarias. Proteiformes entonces, o grises, desaparecen en las organizaciones colonizadoras cuyos productos ya no dejan ningún sitio en el que los consumidores puedan revelar su actividad. El niño aun garrapatea y mancha su libro escolar; aun cuando sea castigado por este crimen, se hace un espacio, firma su existencia como autor. El televidente ya no escribe nada sobre la pantalla del receptor. Resulta despojado del producto, excluido de la manifestación. Pierde sus derechos de autor, para volverse, pareciera, un mero receptor, el espejo de un actor multiforme y narcisista. En última instancia, sería la imagen de los aparatos que ya no tienen necesidad de él para producirse: la reproducción de una "máquina célibe".

En realidad, a una producción racionalizada, expansionista, centralizada, espectacular y ruidosa, le hace frente una producción de tipo totalmente

diferente, calificada de "consumo", que tiene como características sus ardidés, su disolución en función de las ocasiones, sus cacerías furtivas, su clandestinidad, su murmullo incansable, en suma una especie de invisibilidad puesto que esta producción no se distingue por generar productos propios (¿dónde tendría su lugar?), sino por un arte de utilizar los que le son impuestos.

Desde hace mucho tiempo, se han estudiado en otras sociedades las inversiones discretas y sin embargo fundamentales provocadas por el consumo. De esta forma, el éxito espectacular de la colonización española con las etnias indias se ha visto desviado por el uso que se hacía de ella: sumisos, incluso aquiescentes, a menudo estos indios utilizaban las leyes, las prácticas o las representaciones que les eran impuestas por la fuerza o por la seducción con fines diversos a los buscados por los conquistadores; hacían algo diferente con ellas; las subvertían desde dentro; no al rechazarlas o al transformarlas (eso también acontecía), sino mediante cien maneras de emplearlas al servicio de reglas, costumbres o convicciones ajenas a la colonización de la que no podían huir. Metaforizaban el orden dominante: lo hacían funcionar en otro registro. Permanecían diferentes, en el interior del sistema que asimilaban y que los asimilaba exteriormente. Lo tergiversaron sin abandonarlo. Los procedimientos de consumo mantenían su diferencia en el lugar mismo que organizaba el ocupante.

¿Ejemplo extremo? No, aun si la resistencia india tenía como fundamento una memoria tatuada por la opresión, un pasado inscrito en el cuerpo. En un menor grado, el mismo proceso se encuentra en el uso que los medios "populares" hacen de las culturas difundidas por las "élites" productoras de lenguaje. Los conocimientos y los simbolismos impuestos son objeto de manipulaciones por parte de los usuarios que no son sus fabricantes. El lenguaje producido por una categoría social dispone del poder para extender sus conquistas hacia las vastas regiones de sus dominios, "desiertos" donde parece no haber nada suficientemente articulado, pero cae en trampas donde es asimilado por un berenjenal [maquis] de procedimientos, trampas que sus victorias mismas vuelven invisibles al ocupante. Por espectacular que sea, su privilegio corre el riesgo de ser apenas aparente, si sólo sirve de marco a las prácticas testarudas, astutas, cotidianas que lo utilizan. Eso que se llama "vulgarización" o "degradación" de una cultura sería entonces un aspecto, caricaturizado y parcial, del desquite que las tácticas utilitarias se toman sobre el poder dominante de la producción. De todos modos, el consumidor no sabría ser identificado o calificado conforme a los productos periodísticos o comerciales que asimila: entre él (que se sirve de ellos) y estos productos (signos del "orden" que se le impone), hay una distancia, más o menos grande, determinada por el uso que el consumidor hace de ellos.

El uso debe pues analizarse en sí mismo. Los modelos no faltan, sobre todo en lo que concierne a la lengua, terreno privilegiado por la identificación de las formalidades propias de estas prácticas. Gilbert Ryle, representante de la distinción saussuriana entre la lengua (un sistema) y el "habla" (un acto), comparaba la primera con un capital y la segunda con las operaciones que éste permite: de un lado, una provisión; del otro, negocios y usos. En el caso del consumo, uno podría casi decir que la producción proporciona el capital

y que los usuarios, como arrendatarios, adquieren el derecho de efectuar operaciones sobre este fondo sin ser los propietarios. Pero la comparación vale solamente para la relación entre un conocimiento de la lengua y unos "actos de habla" (*speech acts*). Por esta sola razón, se cuenta ya con una serie de cuestiones y de categorías que han permitido, sobre todo desde Bar-Hillel, abrir en el estudio del lenguaje (semiosis o *semiotic*) una sección particular (llamada *pragmatics*) consagrada al uso o a las *indexical expressions*, es decir, "a las palabras y a las frases cuya referencia no puede determinarse sin conocer el contexto de uso".

Antes de volver ulteriormente sobre estas investigaciones que aclaran toda una región de las prácticas cotidianas (el uso de la lengua), basta con hacer notar que tales investigaciones se apoyan en una problemática de la enunciación. Los "contextos de uso" (*contexts of use*), al plantear el acto en su relación con las circunstancias, remiten a las características que especifican el acto de decir (o práctica de la lengua) y a las que son sus efectos. La enunciación provee un modelo de estas características, pero éstas van a encontrarse en la relación que otras prácticas (caminar, habitar, etcétera) mantienen con sistemas no lingüísticos. La enunciación supone en efecto: 1) una efectuación del sistema lingüístico por medio de un decir que actualiza sus posibilidades (la lengua sólo es real en el acto del habla); 2) una apropiación de la lengua por parte del locutor que la habla; 3) la implantación de un interlocutor (real o ficticio), y por tanto la constitución de un contrato relacional o de una alocución (se habla a alguien); 4) la instauración de un presente mediante el acto del "yo" que habla y, a la vez, pues "el presente es propiamente la fuente del tiempo", la organización de una temporalidad (el presente crea un antes y un después también) y la existencia de un "ahora" que es presencia en el mundo".

Estos elementos (realizar, apropiarse, inscribirse dentro de relaciones, situarse en el tiempo) hacen de la enunciación, y secundariamente del uso un nudo de circunstancias, una nudosidad inseparable del "contexto" del cual, de manera abstracta, se la distingue. Indisociable del instante presente de unas circunstancias particulares y de un hacer (producir a partir de la lengua y modificar la dinámica de una relación), el acto de decir es un uso de la lengua y una operación sobre ella. Se puede intentar aplicar su modelo muchas operaciones no lingüísticas, al considerar como hipótesis que todo estos usos competen al consumo.

Todavía hace falta precisar la naturaleza de estas operaciones por medio de otro sesgo, ya no a título de la relación que mantienen con un sistema un orden, sino en la medida en que unas relaciones de fuerzas definen la redes donde se inscriben y delimitan las circunstancias de las que pueden sacar provecho. Por eso, de una referencia lingüística hay que pasar a un referencia polemológica. Se trata de combates o de juegos entre el fuerte y el débil, y de estas "acciones" que son posibles para el débil.

Productores desconocidos, poetas de sus asuntos, inventores de senderos en las junglas de la racionalidad funcionalista, los consumidores producen algo que tiene la forma de "trayectorias" de las que habla Delaunoy. Trazan "trayectorias indeterminadas", aparentemente insensatas porque no son coherentes respecto al lugar construido, escrito y prefabricado en el que se desplazan. Se trata de frases imprevisibles en un lugar ordenado por las técnicas organizadoras de sistemas. Pese a tener como material los vocabularios de las lenguas recibidas (el de la televisión, el del periódico, el del supermercado o el de las disposiciones urbanísticas), pese a permanecer encuadrados por sintaxis prescritas (modos temporales de horarios, organizaciones paradigmáticas de lugares, etcétera), estos "atajos" siguen siendo heterogéneos para los sistemas donde se infiltran y donde bosquejan las astucias de intereses y de deseos diferentes. Circulan, van y vienen, se desbordan y derivan en un relieve impuesto, como olas espumosas de un mar que se insinúa entre los riscos y los laberintos de un orden establecido.

De esta agua regulada en principio por las cuadrículas institucionales que de hecho erosiona poco a poco y también desplaza, las estadísticas no saben casi nada. No se trata, en efecto, de un líquido, que circula en los dispositivos de lo sólido, sino de movimientos diferentes, que utilizan los elementos del terreno. Ahora bien, las estadísticas se limitan a clasificar, calcular y poner en cuadros estos elementos -unidades "léxicas", palabras publicitarias, imágenes televisadas, productos manufacturados, lugares construidos, etcétera- y lo hacen con categorías y según taxonomías conformes a las de la producción industrial o administrativa. Así sólo aprovechan el material utilizado en las prácticas de consumo, un material que es evidentemente el que la producción impone a todos, y no la formalidad propia de estas prácticas, su "movimiento" subrepticio y astuto, es decir, la actividad misma de "valerse de". La fuerza de estos cálculos se debe a la capacidad de dividir, pero esta capacidad analítica suprime la posibilidad de representar trayectorias tácticas que, según criterios propios, seleccionan fragmentos tomados de los vastos conjuntos de la producción para componer con ellos historias originales.

Se cuenta lo que es utilizado, no los modos de utilizarlo. Paradójicamente, éstos se vuelven invisibles en el universo de la codificación y de la transparencia generalizadas. De estas aguas que se insinúan por todas partes sólo son perceptibles los efectos (la cantidad y la localización de los productos consumidos). Circulan sin ser vistas, reconocibles solamente en los objetos que desplazan y hacen desaparecer. Las prácticas del consumo son los fantasmas de la sociedad que lleva su nombre. Como los "espíritus" de antaño, constituyen el principio multiforme y oculto de la actividad productora.

Para dar cuenta de estas prácticas, hube de recurrir a la categoría de trayectoria. Debía evocar ésta un movimiento temporal en el espacio, es decir, la unidad de una sucesión diacrónica de puntos recorridos, y no la figura que estos puntos forman en un lugar supuestamente sincrónico o acrónico. En realidad, esta "representación" resulta insuficiente, ya que precisamente la trayectoria se dibuja, y el tiempo o el movimiento se encuentra así reducido a una línea susceptible de ser totalizada por el ojo, legible en un instante: se proyecta sobre un plano el recorrido de un

## Estrategias y tácticas

caminante en la ciudad. Por útil que sea esta "colocación en un plano", metamorfosea la articulación temporal de lugares en una continuidad espacial de puntos. Un gráfico se coloca en el sitio de una operación. Un signo reversible (se lee en los dos sentidos, una vez proyectado sobre el mapa) es sustituido por una práctica indisociable de momentos particulares y de "ocasiones", y es entonces irreversible (el tiempo no se repone, ni se regresa a las oportunidades perdidas). Es pues una huella en lugar de los actos, una reliquia en lugar de las acciones: es sólo su desecho, el signo de su desaparición. Esta proyección postula que es posible tomar lo uno (lo descrito) por lo otro (las operaciones articuladas sobre las ocasiones). Es un "equivoco" (lo uno en lugar de lo otro), típico de las reducciones que debe efectuar, para ser eficaz, una gestión funcionalista del espacio. Hay que recurrir pues a otro modelo.

Una distinción entre estrategias y tácticas parece presentar un esquema inicial más adecuado. Llamo estrategia al cálculo (o a la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde el momento en que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable. La estrategia postula un lugar susceptible de ser circunscrito como algo propio y de ser la base desde la que administrar las relaciones con una exterioridad de metas o de amenazas (los clientes o los competidores, los enemigos, el campo alrededor de la ciudad, los objetivos y los objetos de la investigación, etcétera). Como en la administración gerencial, toda racionalización "estratégica" se ocupa primero de distinguir en un "medio ambiente" lo que es "propio", es decir, el lugar del poder y de la voluntad propios. Gesto cartesiano, si se quiere: circunscribir lo propio en un mundo hechizado por los poderes invisibles del Otro. Gesto de la modernidad científica, política o militar.

La instauración de una cesura entre un lugar propio y su otro va acompañada de efectos considerables, algunos de los cuales se deben mencionar de inmediato:

1. Lo "propio" constituye una victoria del lugar sobre el tiempo. Permite capitalizar las ventajas adquiridas, preparar las expansiones futuras y darse así una independencia con relación a la variabilidad de circunstancias. Es un dominio del tiempo por medio de la fundación de un lugar autónomo.
2. Es también un dominio de los lugares mediante la vista. La partición del espacio permite una práctica panóptica a partir de un lugar desde donde la mirada transforma las fuerzas extrañas en objetos que se pueden observar y medir, controlar por tanto e "incluir" en su visión. Ver (de lejos) será también prever, adelantarse al tiempo mediante la lectura de un espacio.
3. Sería legítimo definir el poder del conocimiento por medio de esta capacidad de transformar las incertidumbres de la historia en espacios legibles (lugares). Pero es más exacto reconocer en estas "estrategias" un tipo específico de conocimiento, el que sustenta y determina el poder de darse un lugar propio. Además, las estrategias militares o científicas siempre se han iniciado gracias a la constitución de campos "propios" (ciudades autónomas, instituciones "neutras" o "independientes", laboratorios de investigaciones "desinteresadas", etcétera). Dicho de otra forma, un poder es

la condición previa de ese orden de conocimiento, y no sólo su efecto o su atributo. Permite e impone sus características. Ahí se produce.

En relación con las estrategias (cuyas figuras sucesivas desplazan este esquema demasiado formal y cuyo vínculo con una configuración histórica particular de la racionalidad estaría por precisarse), llamo táctica a la acción calculada determinada por la ausencia de un lugar propio. Por tanto ninguna delimitación de la exterioridad le proporciona una condición de autonomía. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Además, debe actuar en el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña. No tiene el medio de mantenerse en sí misma, a distancia, en una posición de retirada, de previsión y de recogimiento en sí: es movimiento "en el interior del campo de visión del enemigo", como decía Von Bülow, y está dentro del espacio controlado por éste. No cuenta pues con la posibilidad de darse un proyecto global ni de totalizar al adversario en un espacio distinto, visible y capaz de hacerse objetivo. Opera golpe a golpe. Aprovecha las "ocasiones" y depende de ellas, dado que no cuenta con una base donde acumular los beneficios, aumentar lo propio y prever las salidas. No guarda lo que gana. Esta carencia de lugar propio le permite, sin duda, la movilidad, pero le exige a la vez una mayor capacidad de adaptación a los azares del tiempo, para tomar al vuelo las posibilidades que ofrece el instante. Necesita utilizar, vigilante, las fallas que las coyunturas particulares abren en la vigilancia del poder propietario. Caza furtivamente. Crea sorpresas. Le resulta posible estar allí donde no se le espera. Es astuta.

En suma, la táctica es un arte del débil. Clausewitz lo comentaba a propósito de la astucia, en su tratado *Sobre la guerra*. Mientras más crece una potencia, menos puede permitirse movilizar una parte de sus medios para producir efectos de trapacería: es, en efecto, peligroso emplear efectivos considerables para aparentar, cuando este género de "demostración" resulta generalmente vano y cuando "lo serio de la amarga necesidad hace tan urgente la acción directa que no deja sitio para este juego". Se distribuyen sus fuerzas, no se las arriesga a simular. La potencia está comprometida por su visibilidad. En contraste, la astucia es posible al débil, y a menudo sólo ella, como un "último recurso": "*Mientras más débiles son las fuerzas sometidas a la dirección estratégica, más capaz será ésta de astucias*". Es decir: más se transforma en táctica.

Clausewitz compara igualmente la astucia o ardid con el chiste: "*Así como el chiste es una prestidigitación relativa a ideas y concepciones, la astucia es una prestidigitación relativa a las acciones*". Se sugiere así el modo como la táctica, prestidigitación en efecto, se introduce por sorpresa dentro de un orden. El arte de jugar con el adversario, de burlarle y tenderle trampas, tiene mucho que ver con un especial sentido de la temporalidad, de la "oportunidad". Mediante procedimientos que precisa a propósito del chiste, Freud combina elementos audazmente cercanos para insinuar el destello de otra cosa en el lenguaje de un lugar y para impresionar al destinatario. Desplazamientos, sorpresas, grietas y hallazgos dentro de las casillas de un sistema dado, las maneras de hacer de los consumidores son los equivalentes prácticos de los chistes.

Sin lugar propio, sin visión globalizadora, tan ciega y perspicaz como en el



combate cuerpo a cuerpo, gobernada por las ocasiones y la suerte, las tácticas se encuentran pues determinadas esencialmente por la ausencia de poder, en la misma medida en que la estrategia se encuentra organizada por el postulado de un poder como precondition. Desde este punto de vista, su dialéctica podría ilustrarse con el antiguo arte de los sofistas. Autor de un gran sistema "estratégico", Aristóteles se interesaba mucho en los procedimientos de este enemigo que pervertía, pensaba él, el orden de la verdad. De este adversario proteico, rápido, sorprendente, cita una fórmula que, al precisar el resorte de los sofismas, puede finalmente definir la táctica tal como la entiendo aquí: se trata, decía Córax, de "convertir la posición más débil en la más fuerte". La paradójica conclusión de esta proposición revela la relación de fuerzas que está en el principio de una creatividad intelectual tan tenaz como sutil, inalcanzable, movilizadora a la espera de todas las ocasiones, diseminada en los terrenos del orden dominante, ajena a las reglas que impone una racionalidad basada en el derecho adquirido de un lugar propio.

Las estrategias son pues acciones que, gracias a postular un lugar de poder son capaces de elaborar lugares teóricos (sistemas y discursos totalizadores) susceptibles de articular un conjunto de lugares físicos donde se reparten las fuerzas. Las estrategias combinan estos tres tipos de lugares y tienden a dominar unos a través de los otros. En consecuencia priorizan las relaciones espaciales (de lugares). Se esfuerzan por reducir las relaciones temporales a relaciones espaciales mediante la atribución analítica de un sitio propio a cada elemento particular y mediante la organización combinatoria de los movimientos específicos de las unidades o de los conjuntos de unidades. El modelo fue militar, antes de ser "científico". Las tácticas son procedimientos que valen por la pertinencia que dan al tiempo -a las circunstancias que el instante preciso de una intervención transforma en situación favorable, a la rapidez de movimientos que cambian la organización del espacio, a las relaciones entre momentos sucesivos de una "jugarreta", en los cruzamientos posibles de duraciones y de ritmos heterogéneos, etcétera. A este respecto, la diferencia entre unos y otros remite a dos opciones históricas en materia de acción y de seguridad (opciones que responden más a constricciones propias de cada situación de partida que a elecciones abstractamente libres): las estrategias ponen sus esperanzas en la resistencia que el establecimiento de un lugar propio ofrece al deterioro del tiempo; las tácticas ponen sus esperanzas en una hábil utilización del tiempo, en las ocasiones que presenta y también en las sacudidas que introduce en los cimientos del poder. Aun cuando los métodos puestos en práctica por este arte de la guerra cotidiana jamás se presentan bajo una forma tan marcada, siempre nos queda, no obstante, el modo en que la apuesta sobre el lugar o sobre el tiempo distingue las maneras de actuar.

### **Retóricas de la práctica, astucias milenarias**

Diversas referencias teóricas permitirán caracterizar mejor las tácticas o la polemología del "débil". Es el caso, en particular, de las "figuras" y "giros" que analiza la retórica. Freud, de hecho, ya las ha señalado y las ha utilizado en sus estudios sobre el chiste y sobre las formas que toma el retorno de lo

reprimido: economía y condensaciones verbales, doble sentido y contrasentido, traslados y aliteraciones, empleos múltiples del mismo material, etcétera. No hay, sin embargo, nada sorprendente en esas homologías entre las artimañas de las prácticas y los movimientos retóricos. Las figuras retóricas juegan su juego, con éxito o sin él, en un terreno que ha sido acotado en relación a las legalidades de la sintaxis y del sentido propio, es decir, en relación a la definición general de un lugar "propio" distinto del que no lo es. Se trata de manipulaciones del lenguaje que se disponen en función de dar con la ocasión propicia, apuntando a seducir, trucar o invertir la posición lingüística del receptor. Mientras que la gramática vigila la "propiedad" de los términos, las alteraciones retóricas (desviaciones metafóricas, condensaciones elípticas, miniaturizaciones metonímicas, etcétera) apuntan a una utilización de la lengua por parte de los locutores en situaciones particulares de combates lingüísticos rituales o efectivos. Son indicaciones para un consumo y un juego de fuerzas. Competen a una problemática de la enunciación. Además, aunque (o quizá porque) están excluidas en principio del discurso científico, estas "maneras de hablar" proporcionan al análisis de las "maneras de hacer" un repertorio de modelos e hipótesis. Al cabo no son sino variaciones dentro de una semiótica general de las tácticas. Evidentemente, para elaborar esta semiótica, habría que recorrer artes de pensar y de actuar diferentes a las que han fundado una racionalidad basada sobre la delimitación de un lugar propio: desde los sesenta y cuatro hexagramas incluidos en el I Ching chino o desde la métiis griega hasta la hila árabe, se manifiestan otras lógicas".

Mi intención no apunta directamente a la constitución de una semiótica. Consiste en sugerir algunas maneras de pensar las prácticas cotidianas de los consumidores, suponiendo de entrada que éstas son de tipo táctico. Habitar, circular, hablar, leer, caminar o cocinar, todas estas actividades parecen corresponder a las características de las artimañas y las sorpresas tácticas: astutos trucos del "débil" en el orden construido por el "fuerte", un arte de tantear en los dominios del otro, una sabiduría del cazador furtivo, maniobras pluriformes y movilidades, hallazgos jubilosos, poéticos y guerreros.

Tal vez respondan a un arte intemporal, que no sólo ha atravesado las instituciones de los órdenes sociopolíticos sucesivos, sino que se extiende más atrás en el tiempo, antes que nuestras historias mismas empezaran, encontrando extrañas solidaridades más acá de las fronteras de la humanidad. Estas prácticas presentan, en efecto, curiosas analogías, como inteligencias inmemoriales, con las simulaciones, ardidés y trucos que ciertos peces o ciertas plantas hacen con un virtuosismo prodigioso. Los procedimientos de este arte pueden ser encontrados en los más lejanos extremos del dominio de los seres vivos, como si rebasaran no sólo las separaciones estratégicas de las instituciones históricas, sino también el corte instaurado por la institución misma de la conciencia. Aseguran continuidades formales y la permanencia de una memoria sin lenguaje, desde el fondo de los océanos hasta las calles de nuestras megalópolis.

En todo caso, en la escala de la historia contemporánea, parece también que la generalización y la expansión de la racionalidad tecnocrática han creado, en los intersticios del sistema, una fragmentación y un crecimiento

explosivo de estas prácticas anteriormente reguladas por unidades locales estables. Cada vez más, las tácticas se salen de sus órbitas. Apartadas de las comunidades tradicionales que circunscribían su funcionamiento, se lanzan a derivar por un espacio que se ha ido homogeneizando y extendiendo. Los consumidores se transforman en migrantes. El sistema en el que circulan resulta demasiado vasto para fijarlos en alguna parte, pero demasiado generalizado para que pudieran escapársele y exiliarse en otra parte. Ya no hay ninguna otra parte. Debido a esto, el modelo "estratégico" resulta también transformado, acorralado por su propio éxito: dependía de la definición de un lugar "propio" distinto del resto; ahora ese mismo lugar se convierte en el todo. Podría ser que, poco a poco, agotara sus capacidades transformadoras para constituir solamente el espacio (tan totalitario como el cosmos de antaño) donde se activaría una sociedad de tipo cibernético, entregada a los movimientos brownianos de tácticas invisibles e innumerables. Habría una proliferación de manipulaciones aleatorias e incontrolables, en el interior de una inmensa trama de coacciones y garantías socioeconómicas: miríadas de movimientos cuasi invisibles, jugando sobre la textura cada vez más fina de un lugar homogéneo, continuo que engloba a todos. ¿Es esto ya el presente o acaso el futuro de la gran ciudad?

Si bien podemos intentar dejar de lado la arqueología multimilenaria de los ardides lo mismo que la posibilidad de su futuro en el hormiguero globalizado, el estudio de algunas tácticas cotidianas presentes no debe sin embargo perder de vista de donde vienen ni hacia donde son susceptibles de ir. La evocación de estos lejanos pasados o futuros permite al menos resistir los efectos del análisis, fundamental pero a menudo exclusivo y obsesivo, que se ocupa de describir las instituciones y los mecanismos de la represión. No sorprende el privilegio que guarda la problemática de la represión en el campo de los investigadores: las instituciones científicas son de hecho parte del sistema que analizan; al examinarlo, se limitan al bien conocido género de la historia de la familia (una ideología crítica que no consigue generar ningún cambio con sus operaciones, al crear dicha crítica la apariencia de una distancia en el interior del clan al que siguen perteneciendo); hasta agregan el encanto inquietante de los diablos o de los fantasmas de los relatos que se cuentan por la tarde junto al hogar. Pero esta dilucidación del aparato por sí mismo tiene como inconveniente no ver las prácticas que le resultan heterogéneas y que reprime o cree reprimir. Sin embargo, éstas tienen también todas las posibilidades de sobrevivir a este aparato y, en todo caso, forman parte también de la vida social, puesto que son tanto más resistentes en la medida en que son más flexibles y se ajustan perpetuamente a los cambios. Al escudriñar esta realidad huidiza y permanente, uno tiene la impresión de explorar la noche de las sociedades, una noche más prolongada que sus días, un mar oscuro del que emergen las sucesivas instituciones, inmensidad marítima donde los sistemas socioeconómicos y políticos aparecen como islas efímeras.

El paisaje imaginario de una investigación no deja de tener valor, aun si carece de rigor. Restaura lo que se indicaba no hace mucho bajo el título de "cultura popular", pero para transformar en una infinidad móvil de tácticas lo que se representaba como una fuerza matriz de la historia. Así pues, mantiene presente la estructura de un imaginario social cuyas cuestiones

fundamentales no cesan de tomar formas diferentes y de volver a plantearse. Previene igualmente contra los efectos de un análisis que, necesariamente, sólo puede aprehender estas prácticas en función de un aparato técnico particular, en la medida en que aquellas alteran o interfieren sus instrumentos. Además, es el estudio mismo el que resulta marginal en relación con los fenómenos estudiados. El paisaje que pone en escena estos fenómenos de un modo imaginario tiene pues valor rectificativo y terapéutico global contra su reducción por medio de un examen demasiado limitado. Asegura al menos su presencia a modo de "aparecidos" (*revenants*). Esta vuelta sobre otra escena recuerda también la relación que la experiencia de estas prácticas mantiene con lo que expone de ellas un análisis. Es el testigo, sólo fantástico pero no científico, de la desproporción entre las tácticas cotidianas y una dilucidación estratégica. Acerca de lo que todo el mundo hace, ¿qué es lo que se puede escribir? Entre los dos niveles, la imagen, fantasma del cuerpo experto y silencioso, preserva la diferencia.